



Vivimos en una época que ha elevado al individuo a la categoría de medida absoluta de todas las cosas. El éxito personal, la autorrealización, la independencia y la satisfacción de los propios deseos se presentan con frecuencia como el objetivo último de la existencia humana. Desde pequeños aprendemos que debemos «seguir nuestros sueños», «hacer lo que nos haga felices» y «no depender de nadie». Aunque estas expresiones contienen elementos legítimos, cuando son absolutizadas terminan construyendo una visión del hombre profundamente empobrecida.

Paradójicamente, nunca el individuo había sido tan exaltado y, sin embargo, nunca tantas personas habían experimentado tanta soledad, ansiedad, fragmentación familiar y pérdida del sentido comunitario.

La Iglesia Católica, especialmente a través del pensamiento escolástico, ofrece una respuesta extraordinariamente actual a esta crisis. Frente al individualismo moderno, la Escolástica propone el **bien común**, un concepto profundamente cristiano que no anula a la persona, sino que precisamente la conduce a su máxima plenitud.

Esta no es una cuestión política antes que religiosa. Es, ante todo, una cuestión antropológica, moral y espiritual.

Porque la gran pregunta sigue siendo la misma:

¿Vivimos para nosotros mismos o para algo infinitamente mayor?

La persona nunca fue creada para vivir aislada

Desde las primeras páginas de la Sagrada Escritura encontramos una verdad fundamental.

Dios crea al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,26), pero inmediatamente afirma:

┃ *«No es bueno que el hombre esté solo.» (Génesis 2,18)*

Esta frase suele interpretarse únicamente respecto al matrimonio, pero posee un alcance mucho más profundo.



El hombre fue creado para la comunión.

No únicamente con Dios.

También con los demás.

Toda la Revelación gira alrededor de una alianza.

No existe un Dios que salve individuos aislados.

Existe un Pueblo de Dios.

Israel.

Después la Iglesia.

Siempre comunidad.

Siempre comunión.

San Pablo desarrollará magistralmente esta verdad al describir la Iglesia como un solo cuerpo.

«Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros... así también Cristo.» (1 Corintios 12,12)

Ningún miembro vive para sí.

Cada uno existe para servir al conjunto.

El nacimiento del individualismo

Aunque el egoísmo existe desde el pecado original, el individualismo moderno es algo distinto.



No consiste simplemente en pensar primero en uno mismo.

Es una filosofía completa.

Afirma que:

- la libertad individual es el valor supremo;
- cada persona define su propia verdad;
- la sociedad existe únicamente para proteger intereses privados;
- toda autoridad debe justificarse constantemente ante el individuo;
- el bien común es sospechoso porque podría limitar la libertad personal.

Esta mentalidad ha penetrado incluso en muchos ambientes cristianos.

Hoy algunos viven la fe como un asunto exclusivamente privado:

«Yo creo a mi manera.»

«No necesito la Iglesia.»

«Dios sabe cómo soy.»

«Mi conciencia decide.»

Pero el cristianismo jamás fue una religión del «yo» aislado.

Es la religión del «nosotros».

Nuestro Padre.

No «mi Padre».

La respuesta de la Escolástica

La Escolástica, especialmente en santo Tomás de Aquino, desarrolla una visión profundamente armónica de la sociedad.



Para santo Tomás, toda criatura posee un fin.

Nada existe sin propósito.

Del mismo modo que cada órgano trabaja para el cuerpo entero, cada persona participa en un bien superior.

Ese bien superior recibe el nombre de **bien común**.

Pero cuidado.

El bien común no significa simplemente el beneficio de la mayoría.

Tampoco significa que el individuo deba sacrificarse ciegamente por el Estado.

El bien común es el conjunto de condiciones que permiten que todas las personas alcancen su perfección moral y espiritual.

Es decir:

el bien común ayuda a cada uno precisamente porque busca el bien de todos.

El fin común supera el interés privado

Santo Tomás afirma una idea que hoy resulta casi revolucionaria.

El bien común es superior al bien privado.

¿Por qué?

Porque Dios mismo gobierna el universo según un orden.

Todo está orientado hacia una finalidad común.

El individuo alcanza su perfección participando de ese orden.

No luchando contra él.



Una comparación ayuda a comprenderlo.

Imaginemos una orquesta.

Cada músico puede tocar perfectamente su instrumento.

Pero si cada uno interpreta una melodía distinta buscando únicamente expresar su individualidad...

el resultado será un caos insoportable.

La belleza aparece únicamente cuando todos participan de una armonía superior.

La sociedad funciona exactamente igual.

El egoísmo nunca construye civilización

La historia confirma esta enseñanza.

Las grandes civilizaciones florecieron cuando existía un fuerte sentido del deber.

La familia.

La parroquia.

El municipio.

Las corporaciones de oficios.

Las universidades.

Los monasterios.

Todos funcionaban porque las personas comprendían que pertenecían a algo mayor que ellas mismas.

El individualismo rompe estos vínculos.



Cuando cada uno busca únicamente su propio interés aparecen inevitablemente:

- familias rotas;
- natalidad en descenso;
- aislamiento;
- pérdida del compromiso;
- corrupción;
- desconfianza social;
- crisis de autoridad;
- cultura del descarte.

No porque la sociedad sea imperfecta.

Sino porque cada uno comienza a vivir únicamente para sí.

El pecado original y la ruptura del bien común

La teología explica esta realidad con enorme profundidad.

El pecado original no destruyó únicamente la amistad con Dios.

También rompió la armonía entre los hombres.

Adán culpa a Eva.

Eva culpa a la serpiente.

El pecado siempre rompe la comunión.

Por eso Cristo viene precisamente a reconstruir la unidad perdida.

No sólo perdona pecados individuales.

Forma un pueblo nuevo.

Una Iglesia.



Un Cuerpo.

Una comunión.

La salvación nunca consiste en un aislamiento espiritual.

Siempre conduce hacia la comunión.

Cristo: el modelo perfecto del bien común

Nuestro Señor jamás vivió para sí mismo.

Él mismo declara:

«*El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos.*» (Mateo 20,28)

Toda su existencia fue una entrega.

Desde Belén hasta el Calvario.

La Cruz representa exactamente lo contrario del individualismo.

El egoísmo dice:

«Mi vida primero.»

Cristo responde:

«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.» (Juan 15,13)

La lógica cristiana siempre transforma el «yo» en un «nosotros».



La Iglesia como escuela del bien común

Cada sacramento educa para salir de uno mismo.

El Bautismo nos incorpora a un pueblo.

La Confirmación fortalece nuestra misión.

La Eucaristía forma un solo cuerpo.

La Penitencia restaura la comunión rota por el pecado.

El Matrimonio crea una comunidad de vida.

El Orden sirve al Pueblo de Dios.

La Unción une el sufrimiento personal al de toda la Iglesia.

Nada en el cristianismo favorece el aislamiento.

Todo conduce hacia la comunión.

El principio de subsidiariedad

La Escolástica y posteriormente la doctrina social de la Iglesia enseñarán otro principio esencial.

No todo debe hacerlo el Estado.

Las familias.

Las asociaciones.

Las parroquias.



Los municipios.

Los cuerpos intermedios.

Todos poseen una misión propia.

El bien común nace desde abajo.

No únicamente desde arriba.

Una sociedad sana no elimina las pequeñas comunidades.

Las fortalece.

Cuando desaparecen la familia, la parroquia y las asociaciones, el individuo queda solo frente al poder político o económico.

Y un individuo aislado siempre es más vulnerable.

El bien común comienza en casa

Muchos imaginan el bien común como un concepto reservado a políticos.

Nada más lejos.

Comienza en el hogar.

Cada vez que unos padres sacrifican descanso por sus hijos.

Cada vez que un hijo cuida de sus padres ancianos.

Cada vez que alguien perdona.

Cada vez que un vecino ayuda.

Cada vez que un empresario paga justamente.



Cada vez que un trabajador cumple honestamente.

Cada vez que un sacerdote visita un enfermo.

Cada vez que alguien reza por los demás.

Allí está naciendo el bien común.

La falsa libertad del individualismo

La cultura contemporánea identifica libertad con ausencia de límites.

Pero santo Tomás enseña algo muy distinto.

La verdadera libertad consiste en elegir el bien.

No cualquier cosa.

Un pianista no es libre porque toque cualquier nota.

Es libre porque domina el arte.

Del mismo modo, el cristiano alcanza la auténtica libertad cuando ama el bien.

El individualismo convierte el deseo en criterio.

La Escolástica convierte la verdad en criterio.

Y sólo la verdad hace verdaderamente libres.

Como enseña Cristo:

┃ *«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.» (Juan 8,32)*



El bien común y la caridad

La virtud que hace posible el bien común es la caridad.

No un sentimentalismo.

No una emoción pasajera.

La caridad es querer el verdadero bien del otro por amor a Dios.

Por eso san Pablo escribe:

«Nadie busque su propio interés, sino el del prójimo.» (1 Corintios 10,24)

La caridad rompe el círculo del egoísmo.

Hace posible la familia.

Hace posible la Iglesia.

Hace posible la sociedad.

Hace posible incluso la civilización.

Una Iglesia que piensa en generaciones

El individualismo vive obsesionado por el presente.

La tradición cristiana piensa en siglos.



Los constructores de catedrales comenzaban obras que nunca verían terminadas.

Los monjes copiaban manuscritos para personas que jamás conocerían.

Los padres educan hijos cuyo futuro desconocen.

Los santos sembraron frutos que aún hoy recogemos.

El bien común siempre piensa en quienes vendrán después.

¿Cómo vivir hoy según el bien común?

La respuesta comienza por una conversión del corazón.

Podemos preguntarnos cada día:

- ¿Mis decisiones benefician únicamente mis intereses?
- ¿Cómo puedo servir mejor a mi familia?
- ¿Contribuyo a la unidad de mi parroquia o genero divisiones?
- ¿Trabajo con honestidad aunque nadie me vea?
- ¿Busco la verdad o únicamente confirmar mis opiniones?
- ¿Rezo solamente por mis necesidades o también por las de los demás?
- ¿Participo activamente en la vida de la Iglesia y de mi comunidad?

Cada una de estas preguntas nos ayuda a salir del encierro del «yo» y a orientar nuestra vida hacia el «nosotros» querido por Dios.

El cielo: la plenitud del bien común

La visión escolástica alcanza su máxima profundidad cuando contempla el destino último del hombre.

El bien común temporal es importante, pero no constituye el fin definitivo.



Nuestro destino es la comunión eterna con Dios y con todos los santos.

El Cielo no será una suma de felicidades individuales.

Será la perfecta comunión de los redimidos en la visión beatífica.

Allí desaparecerán definitivamente el egoísmo, la rivalidad y el aislamiento.

Cada bien personal aumentará el gozo de todos, porque cada alma glorificada participará plenamente del Amor mismo de Dios.

En ese sentido, toda la vida cristiana es un aprendizaje para el Cielo. Cada acto de caridad, cada sacrificio ofrecido, cada servicio humilde y cada renuncia al propio egoísmo nos preparan para esa comunión definitiva.

Conclusión: recuperar la sabiduría de la Escolástica para sanar nuestro tiempo

La crisis de nuestro tiempo no es únicamente económica, política o cultural. En su raíz es una crisis de la comprensión del ser humano. Cuando el hombre se convierte en el centro absoluto de su propia existencia, termina encerrado en sí mismo. El individualismo promete autonomía, pero con frecuencia produce soledad; promete libertad sin límites, pero acaba debilitando los vínculos que sostienen una vida verdaderamente humana.

La Escolástica, y de modo eminente santo Tomás de Aquino, ofrece una respuesta de extraordinaria actualidad: el hombre encuentra su plenitud cuando orienta su vida hacia el bien común, porque ese bien no se opone a la dignidad de la persona, sino que la perfecciona. La familia, la Iglesia y la sociedad florecen cuando cada uno comprende que ha recibido dones para ponerlos al servicio de los demás.

En última instancia, el bien común tiene su fundamento en Dios mismo, que es el Bien supremo y el origen de toda comunión. Cuanto más nos acercamos a Él mediante la gracia, los sacramentos y la práctica de la caridad, más capaces somos de construir comunidades reconciliadas, familias fuertes y una sociedad donde la justicia y la misericordia caminen juntas.

En un mundo que repite incesantemente «piensa primero en ti», el Evangelio sigue proponiendo un camino mucho más exigente y, precisamente por ello, mucho más liberador: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Esta es la gran lección de



la Escolástica y la respuesta perenne de la Iglesia a la fragmentación del hombre moderno. Sólo cuando dejamos de vivir exclusivamente para nosotros descubrimos que hemos sido creados para participar de un bien infinitamente mayor: la comunión con Dios y con nuestros hermanos, anticipando ya en esta tierra la unidad que alcanzará su plenitud en el Reino de los Cielos.